

Padre Emmanuel André La Creación (I)

*Presentamos, en una nueva y breve serie de Hojitas de Fe, algunos artículos que el Padre Emmanuel André redactó para explicar a los fieles la doctrina católica sobre **la creación del mundo por Dios**.*

Toda la controversia contemporánea gira en torno a la cuestión de lo sobrenatural. ¿Qué se entiende por lo sobrenatural? La intervención directa de Dios en el orden de las cosas aquí en la tierra.

Muchos estarían dispuestos a reconocer, y aun a adorar –adoración poco comprometedora– a un Dios que, según la expresión del libro de Job, «se pasea por los polos del cielo», sin preocuparse por las cosas humanas o al menos sin intervenir personalmente; pero de ningún modo quieren admitir a un Dios que obra en nosotros, no sólo a través de esas influencias generales englobadas en el curso de la naturaleza, sino por una acción que va más allá de la naturaleza.

Y, con todo, lo sobrenatural nos rodea por todas partes. El orden mismo de la naturaleza se basa en un hecho eminentemente sobrenatural: **la creación**. ¿Acaso podrá decirse que la creación no es un hecho sobrenatural? Si no lo fuera, ¿dónde podríamos hallar, en las acciones que ocurren en la naturaleza, algo equivalente?

De sobra han entendido los impíos que, si se admite la creación, ya no se puede negar lo sobrenatural. Por eso se aplican a amontonar, una sobre otra, las hipótesis más absurdas, sólo para deshacerse del pensamiento molesto de un Dios creador, es decir, realizando al origen de todas las cosas un acto libre y personal cuyas consecuencias son ineludibles.

1º Somos creaturas de Dios.

Cuanto más reacios sean los impíos en reconocer este acto que prueba su locura y falta de lógica, tanto más debemos nosotros, los cristianos hijos de Dios, considerarlo y estudiarlo con amor, para impregnarnos de las obligaciones que de él se derivan y de la alegría que contiene.

¡Somos creaturas de Dios! ¡Qué fecundo y consolador es este pensamiento, que penetra en lo más íntimo del alma, hasta la médula de los huesos! Nuestro ser ha salido de una concepción de la inteligencia divina, de un acto de la divina vo-

luntad; y sigue unido a Dios en su fondo más esencial, llevando la marca indeleble de quien es su Hacedor: otros tantos motivos de confianza en Dios, que, como dice la Escritura, «*derrama sus misericordias en todas sus obras*» (Sal. 144 9).

La Iglesia ha sabido recoger admirablemente en su Liturgia todas estas consideraciones. ¿Quién no se siente conmovido en lo más íntimo en el Oficio de Difuntos? En él vemos a una pobre criatura humana, tan frágil como una hoja marchita que se lleva el viento, pareciendo desafiar el derecho de Dios a aniquilarla, atreverse casi a discutir con El, y protegerse bajo su Nombre: «¡Recuerda que Tú me has formado!», le dice; y concluye con osadía, en el momento mismo en que es entregada a una disolución inevitable: «Me llamarás y yo te responderé, extenderás tu diestra sobre la obra de tus manos, y el polvo volverá a la vida para confesar tu santo Nombre» (Job 14 15).

Todas las misericordias de Dios hacia sus criaturas tienen su raíz en el acto de bondad gratuita por el cual las trajo a la existencia. Al inicio del Credo decimos: «*Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra*». Quien no entienda el acto de amor que presidió la creación, no entenderá tampoco el acto de amor que presidió la redención, la cual es una consecuencia, no necesaria, pero consecuencia en fin, de las relaciones existentes entre el Creador y sus creaturas. Jesucristo vino para salvar la obra de las manos del Padre Todopoderoso.

Entiéndase nuestro pensamiento. Dios no estaba obligado de ningún modo a redimirnos, y así la obra de la redención es absolutamente gratuita; pero se puede decir que no convenía a su bondad dejar que una parte de su obra se perdiera irremisiblemente por una sola falta. Verdad es que no hubo redención para los ángeles, pero es que no todos los ángeles se perdieron, como sí se habrían perdido todos los hombres sin la redención de Nuestro Señor.

Estamos persuadidos de que, en general, no nos hacemos una idea justa de la creación. Nos perdemos en ese abismo imaginario y sin fondo que llamamos «*la nada*»; y nos preguntamos cómo, incluso por la voluntad omnipotente de Dios, pudo salir algo de él. ¿Cómo fuimos sacados de la nada? Es lo que esperamos explicar a continuación, para obtener alguna lucecita que, por imperfecta que sea, sirva para nuestras almas de motivo de alegría.

2º El cómo de la creación.

El cómo de la creación es un misterio, cuyas razones últimas nuestra razón humana, incluso iluminada por la fe, nunca podrá captar del todo. Aun así, los grandes Doctores de la Iglesia, como San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás de Aquino, han arrojado sobre este misterio luces tan hermosas, que nuestra alma tiene todo interés en aprovecharlas.

Un ser aún no existe: una voluntad todopoderosa le da entonces la existencia. Este paso de la nada a la existencia, ¿podemos entenderlo y explicarlo? No del todo ciertamente, pero sí concebirlo hasta cierto punto.

En primer lugar, nuestra razón puede elevarse a la idea de que, siendo Dios el Ser por esencia, el Ser absoluto y necesario, puede comunicar el ser según quiera.

Desde entonces, todos los seres dependen necesariamente de El como de su primer principio: puesto que no han podido darse la existencia a sí mismos, han tenido que recibirla de Dios. Nos hallamos frente a un dilema ineludible: o decimos que los seres esparcidos en el espacio se han producido espontáneamente a sí mismos, lo cual sería el colmo del absurdo; o admitimos que son creaturas de Dios.

En segundo lugar, convengamos en que, si el acto de sacar a un ser de la nada confunde nuestras ideas corrientes, nuestra razón no deja de concebir perfectamente que no hay contradicción en que una voluntad infinitamente poderosa dé el ser a lo que antes no existía. El acto de crear presupone –de acuerdo– un poder infinito; pero infinito es el poder de Dios.

En tercer lugar, tengamos en cuenta –lo cual es de suma importancia– que un ser que aún no existe sigue siendo posible, esto es, susceptible de recibir el ser. ¿Qué significa esto? Que nada, en la idea que uno se forma de él, se opone a que sea llamado a la existencia.

Se dice de un niño, provisto de todos los órganos necesarios para que la vida funcione regularmente, que ha nacido viable. Del mismo modo se afirma de un ser, cuando la mente lo concibe dentro de las condiciones necesarias para existir, que es posible. Un círculo cuadrado, un palo con un solo extremo, no son objetos posibles; pero una esfera gravitando en el espacio, un ser vivo que se mueve en el aire merced a las alas, una mente dotada de inteligencia y de voluntad, son todos seres cuya posibilidad no se puede contestar.

Estos tres presupuestos nos servirán de mucho en la solución del problema que estamos tratando. Este problema es el siguiente: ¿cómo un ser ha podido ser sacado de la nada?

Dejemos de lado, ante todo, toda imaginación falsa: no supongamos la nada como si fuera un abismo sin fondo del que Dios luego saca un ser; o como si fuera una materia informe a partir de la cual Dios habría formado ese ser; o como si fuera un estado anterior, del cual ese ser habría sido traído a la existencia. Ser sacado de la nada, haber sido hecho de nada, significa dos cosas según Santo Tomás: • primero, que donde antes no había nada, un ser comenzó a existir; • segundo, que este ser no estaba formado por una materia preexistente (SUMA TEOLÓGICA, q. 44, art. 1 ad 3m).

Hacer algo a partir de una materia preexistente es un acto que incumbe a lo que llamamos *causas segundas*, por las cuales designamos a los hombres, a los ángeles y, en general, a todos los agentes naturales. Pero hacer un ser sin valerse de ninguna materia preexistente, es la característica de la *Primera Causa*, que es Dios, y esto es lo que propiamente se llama *crear*.

¿Puede Dios crear lo que quiera? Distingamos. Dios no puede producir seres imposibles, esto es, que impliquen contradicción: no puede hacer un círculo cuadrado, ni producir –perdónesenos la repetición– un palo con un solo extremo. Pero El puede traer a la existencia todos los seres posibles, esto es, los que su inteligencia divina concibe dentro de las condiciones requeridas para existir; y, entre todos esos seres, cuyo número es infinito, puede elegir, y llamar a la existencia sólo a los que le plugo escoger.

Detengámonos en esta importante y luminosa verdad. Decimos que la inteligencia divina tiene presentes todos los seres cuya existencia es posible; y que entre ellos Dios elige a los que le parece bien dar la existencia.

Es lo mismo que sucede en la mente de un arquitecto que medita en los planos de un edificio. En su mente tiene presentes varias combinaciones posibles, y de todas ella elige una por las razones que él sabe. Una vez que ha determinado los planos, dibuja las líneas principales del edificio, prevé hasta los menores detalles, y combina la disposición de las partes de modo tal que el todo no sólo sea factible, sino simétrico y armonioso. El edificio aún no existe, y ya el arquitecto lo lleva en su pensamiento, tal como luego lo realizará y llevará a cabo.

Lo mismo ocurre con Dios respecto de la creación. Aun nada existía, y ya Dios había determinado, desde toda la eternidad, el plan en su inteligencia divina. Desde el sistema estelar que roza lo infinitamente grande, hasta los microbios que se limitan a lo infinitamente pequeño, todo estaba en su lugar y en su rango. Todos los seres que componen el vasto universo, antes de existir en sí mismos, tenían en Dios, que los conocía y había decidido crearlos, una existencia ideal –la representación que Dios se hacía de todas las cosas antes de crearlas, como el escultor imagina la estatua que quiere sacar del mármol–. El acto creador tuvo el efecto de hacerlos pasar de esa existencia puramente ideal a la existencia real, y de llevar a cabo exteriormente el diseño que hasta entonces sólo estaba en la mente divina.

En esta realización de su diseño, en esta producción de los seres, Dios no obró como una causa segunda, indigente y limitada. El hombre necesita materiales para plasmar su pensamiento y expresar su ideal; Dios produjo al mismo tiempo la materia de que se compone una parte de su obra, y las formas que debían revestirse de ella, y al mismo tiempo llamaba a la existencia a las inteligencias puras que están en la cima de la creación; y así, de su pensamiento divino sacó un mundo donde antes no había nada.

Por lo tanto, el universo, con todo el conjunto de seres que lo componen, ha salido más del pensamiento divino que de la nada. Dios no lo hizo de su propia sustancia –eso sería panteísmo–, sino que lo sacó de la nada, pero en conformidad con un plan preexistente en Sí mismo desde toda la eternidad.

Vista de este modo, que es el verdadero, la creación no tiene nada que contradiga a la inteligencia. En lugar de perdernos en el abismo sin fondo de la nada, nuestra mirada se dirige a Dios, a esa Sabiduría eterna que medita el plan del universo, y que se huelga de antemano en el conjunto armonioso de sus obras (Prov. 8 30). En el mismo instante en que resuena la palabra creadora, el mundo se despliega en el espacio, como una reproducción externa del plan de Dios, como un débil pero fiel reflejo de las infinitas perfecciones de su Autor; y Este, contemplándolo con amor, atestigua que responde a sus diseños, y no sólo lo halla bueno, sino muy bueno (Gen. 1 31).